

A full-body photograph of a muscular man standing with his arms outstretched, wearing white briefs. His head is replaced by a white circle. The background is black.

COLOCA AQUÍ
SU FOTO

MACHISTAS ANÓNIMOS

ELOY ARENAS

LÉEVELO Y, SI TE ATREVES, REGÁLASELO A TU PAREJA

Leyendo este libro descubrirás qué tipo de machista eres, o quizá te reconozcas como una de sus víctimas... Asiste a las reuniones de «Machistas anónimos», rellena el test que se incluye y aprende de Pablo, el divertido y peculiar gurú del libro más irreverente de los últimos tiempos.

A Neli. Ella sabe.

1

Al principio la propuesta me parecía absolutamente surrealista y la entendía tan solo como una idea divertida; también hay gente que se dedica a coleccionar insectos o a estudiar la vida sexual de los berberechos... Pero cuando descubrí que las piezas encajaban de forma natural, aunque a mi me chocaba, le presté mas atención.

Ya conocía las terapias de grupo en las que, a través de un tutor, distintos seres humanos trataban de desprenderse de ciertas formas de pensar, o de modificar comportamientos que les impedían alcanzar la felicidad, o por lo menos vivir con mayor armonía. Incluso conocía grupos de terapia para drogodependientes y ludópatas y, en una ocasión asistí con un compañero de trabajo a una de las sesiones terapéuticas de Alcohólicos Anónimos.

Entenderán mi perplejidad al encontrarme, treinta años después, con un amigo de la adolescencia que me cuenta que ha montado una asociación para desintoxicar machistas.

La verdad es que creí que me estaba contando un chiste hasta que me di cuenta que Pablo usaba un lenguaje divertido para decir cosas muy serias. Su teoría era que la mujer estaba sufriendo una transformación y que está asumiendo una nueva identidad menos dependiente del hombre o, a ser posible, nada dependiente, y que ese viaje lo quiere hacer sola, sin ayuda del hombre, el cual se descoloca al sentirse menos necesitado..., pero sobre todo se descoloca por la imparable pérdida de poder.

Cuando entras en la asociación lo primero que ves es un gran cartel que pone: «El hombre ya no es dueño y señor de la pareja, sino un miembro más de la misma». Su planteamiento era muy sencillo: en la pareja no se impone nada, se negocia todo. Pablo decía que todos sabemos lo que queremos de la mujer pero que aún no sabemos lo que ellas quieren de nosotros. Sus planteamientos eran sólidos, sus argumentos los reforzaba con datos publicados o documentos audiovisuales. Me habló del machismo cultural, del machismo invisible y de los distintos tipos de machistas que iban a su asociación: el machista paleolítico, el machista caballero, el neomachista, el machista cínico, el machista cómodo, el machista gracioso, el machista acosador y no sé cuantos más. ¡Ah, sí! Me sorprendió mucho cuando me habló de una mujer que también acudía a las terapias. Pablo la llamaba «la mujer machista».

Acabo de recordar a otra persona —esa escena me divirtió mucho—: era la mujer de uno de los machistas y apareció de repente insultándonos a todos y exigiendo a Pablo que le devolviera a su marido su antigua personalidad de machista, que era como a ella le gustaban los hombres.

Ahora permítanme que les hable de Pablo. Siempre fue el líder del barrio, arrollador, enérgico, simpático, con ideas brillantes; por eso le respetábamos tanto. Pertenecer a su pandilla era un privilegio; Pablo no admitía a cualquiera. Eramos adolescentes pero él parecía mayor, tan seguro de sí mismo, con los pensamientos tan claros; sencillamente apabullante, capaz de convencerte de algo y, a la media hora, de todo lo contrario. Nos sentíamos tan protegidos por él...

Yo le confesé que me había enamorado de una chica que pertenecía a otra pandilla, lo cual era grave; el orgullo del grupo estaba por encima del amor y sólo podíamos salir con chicas que pertenecieran a nuestra pandilla. He dicho «pertenecieran» porque así lo sentíamos: las chicas eran propiedad de los chicos de la pandilla, llevaban de al-

guna manera nuestra marca y nadie de otro grupo se atrevería a salir con ninguna de ellas.

El tema era muy delicado: yo me había enamorado de Cristal pero no podía decírselo, siempre cercada por una muralla de chicos de su pandilla que guardaban celosamente sus propiedades al tiempo que marcaban el contorno de su territorio. Pablo me escuchó atentamente y cuando terminé exclamó:

—Tengo una idea.

La cara se me iluminó, porque cuando Pablo tenía una idea, era buena. Nos reunimos todos a su alrededor y le escuchamos.

—Vamos a organizar una fiesta e invitaremos a los Celtas.

Los Celtas era la pandilla a la que pertenecía Cristal y, sinceramente, todos nos quedamos fríos ante ese proyecto. La naturaleza de las pandillas era repelerse, no mezclarse.

Pablo seguía hablando y dándonos órdenes a cada uno de nosotros; no entendíamos nada pero obedecíamos al pie de la letra.

Montamos la gran fiesta en un local que alquilamos y llevamos a un grupo del barrio que tocaba en las salas importantes, y vinieron los Celtas, y conocí a Cristal, y... ¡pero qué más da, lo importante era Pablo!

Una vez se marchó de vacaciones con su familia y nos sentimos huérfanos, no sabíamos qué hacer si él, no se nos ocurría nada. Nos habíamos acostumbrado tanto a sus ideas que sólo sabíamos obedecer. Siempre se había ocupado de nosotros; cómo divertirnos, cómo conseguir dinero... En cada momento nos decía lo que teníamos que hacer, o cómo resolver un conflicto...

Pero cuando volvió algo empezó a cambiar. Durante su ausencia, unos cuantos nos habíamos alejado de su influencia y discutíamos algunas de sus ideas, aportando las nuestras. Aquello lo enfureció, nos echó en cara todo lo que ha-

bía hecho por nosotros y, al poco tiempo, el grupo se disolvió.

Pablo llegó a creerse imprescindible para la vida de los demás y ese paternalismo autoritario empezaba a dejar de ser un acto de generosidad hacia nosotros para convertirse en un desprecio absoluto a nuestras opiniones.

Mi familia se cambió de barrio y no había vuelto a verlo hasta ese día. Lo encontré saliendo de un local que tenía en la calle Bravo Murillo de Madrid. Al principio no me reconoció; mi aspecto de adolescente era de hippy y en aquel momento yo era el típico ejecutivo vestido de Versace, con corbata y pelo corto. Sin embargo, yo lo reconocí al primer golpe de vista; había perdido pelo y prepotencia en la mirada, pero mantenía aquel gesto de lucidez mental que lo caracterizaba. Fuimos a comer a una cafetería donde todo el mundo le conocía y saludaba con mucho cariño. Para cada persona tenía la frase adecuada a la circunstancia, era como si averiguara en cada momento qué era lo que la gente necesitaba oír. Todos le sonreían. Nos sentamos y nos pusimos inmediatamente a hablar, queríamos ponernos al día a toda velocidad. Descubrí otro cambio: escuchaba y lo hacía atentamente, dándole valor a todo lo que yo le contaba. Le resumí mi vida en pocas palabras: insatisfacción emocional y equilibrio profesional. Le conté que después de un matrimonio, dos relaciones sentimentales fracasadas y una a punto de hacerlo, por haber amado a la mujer equivocada, había perdido la esperanza de encontrar la felicidad en la pareja. Pablo me miraba y me sonreía con muchísima comprensión. Cogió su copa de vino y me invitó con un gesto a brindar con él. Después me dijo:

—¿Qué esperabas de ellas?

La pregunta me sorprendió. Yo deseaba, como cuando era adolescente, que Pablo tuviera una idea optimista sobre mi problema y que encontrara la clave de mis fracasos. Esperaba una respuesta, no una pregunta.

—No te entiendo —le dije—, ¿a qué te refieres?

Pablo me miraba con una sonrisa comprensiva; sabía que yo había entendido la pregunta, pero también sabía que jamás me había planteado la respuesta.

—Quiero decir si esperabas de cada una de ellas una respuesta emocional idéntica a la tuya.

—Por su puesto. Me gusta que me amen como yo las amo...

—Eso es un error —me dijo—. Las mujeres tienen sus propias respuestas emocionales.

—Ya, pero no es eso. Yo soy de una manera muy determinada y, si amo a una mujer me gusta que me ame como yo quiero, no como ella quiere, porque entonces no sé si me ama.

—Lo hacen a su manera, pero como tú no captas ese mensaje las está pidiendo que prescindan del modo de expresar sus emociones y que imiten el tuyo.

—Eso es lo que yo quiero, y al principio era así y funcionaba de maravilla, pero después cambian y se va todo a la mierda.

—Lógico, es como pedirle a una pera que te dé el sabor de una naranja. Si la pera está muy enamorada de ti, es posible que se disfrace de naranja, fingiendo su gusto para complacerte, pero tarde o temprano querrá imponer su verdadero sabor, y cuando esto sucede lo rechazas porque no es el sabor que esperabas y, en vez de abrir tu paladar a una nueva degustación y darte la oportunidad de probarlo, llegas a la cómoda y ansiotítica conclusión de que estás amando a la persona equivocada y sales a buscar de nuevo el aroma de la naranja, pero como estás muy ofuscado vuelves a enamorarte de una pera creyendo que es una naranja.

Su elocuencia seguía siendo apabullante, había ganado hondura, claridad, y con tan sólo dos frutas había dado en la clave del fracaso de mis relaciones sentimentales. Pablo tenía razón: en ese momento no recordaba el sabor de ninguna de ellas porque todas me sabían igual. Y si conservo

ese único sabor en mi gusto, no lo mantiene vivo el recuerdo..., es que se trata de mi propio sabor. En unos segundos me había roto todos los argumentos en los que apoyaba mis fracasos de pareja. Me quedé atónito, perplejo, hundido. El lo comprendió y con sus palabras me abrió una ventana para que respirara.

—No te preocupes, nos pasa a todos...

Ese gesto de solidaridad con mis defectos me alivió. Había pasado de sostener una mentira con una solidez de catedral, que me libraba de la responsabilidad de mis fracasos, a sentirme protegido por el resto de los hombres al compartir con ellos defectos comunes. Pero Pablo era implacable, y remató:

—Son los daños colaterales del machismo.

Otra vez me volvió a descolocar. No entendía lo que me quería decir y, en vez de preguntárselo, me di por ofendido.

—¿Me estás llamando machista?

—Sí, pero no te preocupes, no es nada personal, es cultural. Todos somos machistas. Tú, yo, aquél y aquél..., todos.

—¡Yo no soy machista!

—Sí lo eres; en mayor o menor medida, pero lo eres. Lo que pasa es que has normalizado ese comportamiento y no te das cuenta.

—Venga, Pablo, no digas gilipolleces. Yo no soy machista, yo nunca he pegado a una mujer...

—Vamos avanzando. No eres violento, pero eres machista.

—¿Tú que entiendes por machista?

—¿Qué entiendes tú?

Me bloqueó de nuevo. Sus respuestas eran preguntas que yo jamás me había hecho. Era como un luchador de judo dialéctico que me hacía llaves paralizantes con mis propias palabras.

—No lo sé, Pablo. A veces hacemos cosas que no sabemos explicar... Supongo que el machismo es... el poder del hombre sobre la mujer...

—No vas mal, sigue...

—Pues..., imponer tu criterio sobre el de ellas..., no dejarlas libertad..., controlarlas... ¡Pero yo no soy así, Pablo, yo no soy machista!

—El machismo, básicamente, consiste en una sutil discriminación a la mujer en términos de aprecio como ser humano. Tú no has apreciado a esas mujeres por lo que eran sino por lo que tú necesitabas que fueran; un complemento de tu proyecto individual. ¿Qué has ganado? Ansiedad sentimental. ¿Qué has perdido? El mapa del laberinto emocional de las mujeres. Y sin él te perderás en cualquier mujer. En eso consisten los daños colaterales del machismo: prefieres que el tesoro te pertenezca en lugar de formar parte de él.

Que paradoja, no entendía nada pero lo comprendía todo. Quiero decir que sabía de qué me estaba hablando, aunque mi cerebro no lo pudiera explicar. Me impresionó su conocimiento del tema y me atreví a preguntar:

—Y ¿cómo sabes tanto de este tema?

—Porque lo he sufrido.

—No te entiendo. ¿Cómo puede un hombre sufrir el machismo?

—El hombre es la primera víctima del machismo, que es una forma dictatorial de poder que se basa en unas rígidas reglas de comportamiento cultural que te impiden dar rienda suelta a tu propia forma de ser. A ti te han dicho que «el hombre es el que lleva los pantalones», es decir, el que manda, ¡y tú lo haces! Porque también te han dicho que si «no llevas los pantalones» eres un mierda, un afeminado, un cabronazo, un calzonazos y sé cuantas indignidades más. Pero es mentira, «llevar los pantalones», más que un poder, es una carga que hemos asumido como los burros, sin preguntar, y esa carga hay que llevarla entre todos, que

es más cómodo. En una palabra: piensa y deja pensar, que a lo mejor te llevas una sorpresa.

—No, si yo en el fondo también pienso como tú..., pero no es fácil... ¡Joder, si es que no se ponen de acuerdo ni entre ellas!... Te lo juro, Pablo, yo soy un tío que dialogo... Con las otras menos, pero con la chica con la que vivo ahora dialogo mucho. Pero no conduce a nada, Pablo. Hablamos de comprar un coche nuevo. El otro día la llevo varios modelos para que elijamos entre los dos, y ella, aún no había puesto los catálogos en la mesa, señala uno y dice: «¡Este!». Me quedé impresionado por la rapidez. Ni siquiera yo, que no soy un experto pero controlo el tema, podrá decidir con tanta seguridad. Al principio pensé que habría leído alguna revista de coches y que conocía el modelo que había señalado. Fue cuando la pregunté: «¿Y porqué este?». Y me dijo muy sonriente: «Por el color». Y ahí empezó la discusión, y la daba lo mismo que yo la dijera que hay que ver otras cosas, como el motor, el consumo, los frenos. ¡La daba lo mismo! Al final elegí el que nos convenía... Por eso te digo que yo soy dialogante, pero con ellas es imposible, porque no razonan.

—¿Cómo se llama tu mujer?

Aún no estamos casados.

—Da lo mismo. ¿Cómo se llama?

—Natalia.

—Qué número de zapato usa.

—¿Qué?

—Sí, el zapato, ¿cuál es? ¿El treinta y siete, el treinta y ocho...?

—Exactamente no lo sé...

—¿Recuerdas sus zapatos?

—Sí.

—¿Cómo son?

—Pues ahora no lo sé..., tiene varios de color negro..., unos marrones, azules también..., tiene dos pares marrones y unas azules...

—Me has dicho el color pero no me has dicho cono son los zapatos. Sin son cómodos, elegantes, deportivos, si el tacón es alto o bajo. Sólo me has hablado de color...

Se calló, dándome a entender que la deducción tenía que hacerla yo. Pero ¿qué tenía que deducir? Mi única impresión es que se había puesto a favor de ella y en mi contra, o no sé..., sus parábolas con la fruta y los zapatos me estaban irritando. Ya no sabía si había cometido un error al no elegir el coche de color azul o si me sentía culpable de desconocer la confortabilidad de los zapatos de Natalia.

El camarero nos sirvió el primer plato y Pablo, sin dejar de comer ensalada, me invitó con naturalidad a entra en su vida emocional.

—Amo desesperadamente a mi mujer y a mis dos hijas, siempre las he amado..., durante mucho tiempo las he amado con un sentimiento de posesión; las amaba porque me pertenecían..., como en la pandilla, ¿te acuerdas?..., hacían y pensaban todo lo que yo les decía..., y me sentía poderoso y satisfecho... Pero en esos momentos estaba en auge lo de la liberación femenina y, a pesar de que yo trataba de destruir por la vía del insulto esa nueva condición, ni mi mujer ni mis hijas pudieron librarse de esa influencia y, poco a poco, casi sin darme cuenta, estaba perdiendo mi autoridad sobre ellas. Mi mujer empezó a cuestionar mis decisiones y mis hijas dejaron de tener en cuenta muchas de mis indicaciones... De ser el rey de la casa pasé a ser el señor que paga las facturas. Aquello me parecía indignante, humillante, degradante, un cachondeo continuo. ¿Sabes lo que quiero decir? Cada una hacía lo que la daba la gana sin contar conmigo..., hasta que puse las cosas en su sitio; cuatro gritos, cuatro amenazas, «yo soy el que trae el dinero a casa», fue suficiente para que todo volviera a la normalidad..., o eso pensaba yo... Quiero decir que volvía a tener la autoridad familiar, pero más que un marido o un padre me sentía como el cliente de un hotel en el que todo el

personal está a su servicio, no por amor o cariño, sino por oficio. En una ocasión mi mujer me llevó el desayuno a la cama y pensé en darla una propina. Hacías todo lo que yo ordenaba, pero en silencio, no hablaban; o peor, sólo me decían: «lo que tú digas». Era terrible, yo le decía a mi mujer: «¿Te apetece ir al cine?», y ella me contestaba: «Lo que tú digas». «¿Quieres que salgamos a cenar a un restaurante?» «Lo que tú digas» «¿Quieres que hagamos el amor?» «Lo que tú digas» ¿Sabes lo que es eso?... Es el vacío, es la soledad con gente, es la incomunicación emocional. No compartían nada conmigo, ni la comida, ni la televisión, ni la conversación..., yo las oía reír en la cocina, pero cuando me acercaba se callaban y empezaban a hacer cosas. Yo las preguntaba: «¿Os pasa algo?». Y ellas me decían: «Lo que tú digas». Mis hijas bajaban la mirada cuando hablaban conmigo y mi mujer se mostraba sumisa y obediente en todas y cada una de nuestras relaciones sexuales. Hacía todo lo que la decía de forma mecánica, funcional, como un objeto flexible que se va adaptando a cualquier exigencia. No había reto ni conquista, sólo rendición sin lucha..., y su mirada era terrible, una mirada de espera. ¿Sabes lo que es eso? La docilidad total, y cuando hacíamos el amor ni vibraba, ni se emocionaba, ni sentía..., sólo esperaba. Todas las noches eran idénticas: se desnudaba y se echaba boca arriba encima de la cama a la espera de que yo llegara. Al principio me excitaba mucho, era consumir la posesión..., pero esa misma disponibilidad acabó anulandome el deseo. Una noche me esperaba, como siempre, desnuda, tumbada en la cama, con las piernas abiertas; es decir, disponible. La miré sin deseo y te juro que estuve a punto de decirle: «¡De eso nada, vístete y defiéndete!». Pero la dije: «Hoy no me apetece, gracias». Me pedían permiso para salir, para ir al baño, para hacer la comida, para servirla, para comprarse un libro, para salir con un chico, para hacer una llamada de teléfono. Tenía que decidirlo todo, qué comprábamos, qué comíamos, qué bebíamos, cuánto gas,

electricidad o teléfono podían consumir... y si alguna vez me irritaba por ese servilismo se abrazaban entre ellas dándome a entender que se protegía temiendo mi agresividad. Y así un mes y otro y otro... Caí en una profunda tristeza, fui al psicólogo, me metí pastillas y después de un año me derrumbé, me puse de rodillas ante ellas y las dije: «Por favor, haced lo que queráis». Y me dijeron: «Lo que tú digas». Aquello terminó de hundirme, al pensar que ni siquiera me tenían compasión... Pero no era eso. ¿Sabes lo que era? Ellas sabían que yo estaba interpretando, sabían que esta intentando recuperar su afecto a través de la pena..., pero que no había entendido nada. Y lo peor para mí, es que no sabía qué tenía que entender.

El camarero llegó con el segundo plato cuando Pablo terminaba su ensalada. Yo apenas había comido, sus palabras me tenían magnetizado, la historia era de lo más surrealista que yo había oído nunca. Le hizo al camarero un comentario divertido sobre la lubina que acababa de traer y éste se rió. Pablo bebió vino, se limpió los labios con la servilleta y empezó a comer. Yo hice lo mismo con mi escalope pero como mi curiosidad tenía más hambre que mi estómago le dije:

—¿Qué es lo que tenías que entender?

—Me estaban mandando un mensaje que por vía convencional yo no captaba. Como en las películas de extraterrestres, que a través de un lenguaje de sonidos quieren decirte algo concreto y hay que descifrarlo, intentaban que yo entendiera a través de esa actitud. Pero yo no entendía nada. Lo único que tenía claro es que seguían queriéndome y que me estaban dando una segunda oportunidad. Mi mujer podía haberme pedido el divorcio y la custodia de mis hijas, que entonces tenían catorce y quince años, y yo me hubiera tenido que marchar de la casa y..., el sólo hecho de pensar que las iba a perder me provocaba una angustia inconsolable... Pero no se trataba de eso, ellas me querían y la clave estaba en que tenía que comprender por

mí mismo el mensaje que querían transmitirme. La primera pista la recibí escuchando por la radio a la presidenta de una asociación feminista que lanzaba un mensaje a todas las mujeres que decía: «El hombre no es el dueño y señor de la pareja, sino un miembro más de la misma». El mensaje estaba claro, las mujeres reivindicaban una relación horizontal con el hombre, ¿comprendes?, de igual a igual, en el mismo plano, con los mismos derechos a expresar sus opiniones o a tomar sus propias decisiones. Nadie está al servicio de nadie, nadie manda en nadie, es un intercambio.

Pablo detubo la conversación y me hizo señas para que siguiera comiendo. El también lo hizo. Al cabo de un rato volvió el camarero a retirar los cubiertos y a ofrecernos un postre. Pablo, sin perder la sonrisa de tranquilidad interior, volvió a mirarme a los ojos y continuó:

—El mensaje de la feminista, al tiempo que me abría los ojos a una nueva realidad, desmoronaba toda la cultura en la que me sostenía; si el hombre ya no es lo que yo creía que era, ¿qué coño es? La frase me dio luz y confusión al mismo tiempo; tenía la impresión de que había perdido mi sitio y no tenía ni idea de como encontrar otro. ¿Cómo iba a ser a partir de entonces la relación con mi mujer y con mis hijas? Pasaba de dar consejos a recibirlos, estaba descolocado, mientras que ellas lo tenían claro y eran firmes en su actitud hacia mí. Era una lucha entre el poder y el poderío.

—¿Qué diferencia hay?

—Enorme. El poderío nace en uno mismo, nadie te lo otorga; o lo tienes o no lo tienes. Y se manifiesta de muchas maneras: a través del talento artístico (Picasso tenía poderío), del talento científico, literario, o simplemente por un encanto personal que hace que todo el mundo quiera estar contigo. El poder es distinto, lo puedes adquirir a través del dinero, o de la política, o de la creencia, y a veces juntando todo eso; pero en cualquier caso te lo otorgan los demás y de forma circunstancial, mientras que el poderío dura toda la vida. El machismo es una forma como otra de